

LECTIO DIVINA COFRADÉ

ORACIÓN

Concédenos, Señor, comenzar el combate cristiano con el ayuno santo, para que, al luchar contra los enemigos espirituales, seamos fortalecidos con la ayuda de la austeridad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

EVANGELIO: Mt 6, 1-6. 16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial.

Por tanto, cuando hagas limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por la gente; en verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no los hombres, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.

REFLEXIÓN

El tiempo de la Cuaresma es un tiempo de conversión y de arrepentimiento. El signo externo de la imposición de la ceniza nos introduce en esta dinámica de cambio, de arrepentimiento, de transformación interior, de conversión. Cuarenta días en los que estamos llamados a caminar con Cristo en el desierto.

El texto evangélico del día de hoy nos ofrece tres prácticas para llevar a cabo esta conversión de nuestra vida: el ayuno, la oración y la limosna.

La oración en este tiempo de cuaresma debe implementarse e intensificarse. Dedicemos, en esta Cuaresma, tiempo más abundante a la oración en todas sus formas: oración litúrgica (Santa Misa, Liturgia de las horas, Confesión, etc.), devocional (santo rosario, ejercicio del viacrucis...), lectio divina (lectura orante de la Palabra de Dios), lectura espiritual (explicación de la fe y la moral cristiana, vidas de santos), etc. Busquemos en este tiempo momentos, jornadas, lugares, etc. que nos ayuden a vivir el silencio de la escucha de Dios.

El ayuno es otra de las practicas de Cuaresma. ¿De qué podemos ayunar? No solo de los alimentos los días que nos indica la Iglesia, sino también de tantas cosas que nos estorban para estar atentos a Dios y a las necesidades de los demás. El ayuno nos abre a las necesidades de los demás: una vida entregada y donada no piensa en sí mismo, sino en los que le necesitan.

La limosna es la actitud de misericordia hacia los pobres y necesitados, desde los que tenemos más cercanos a cada uno de nosotros hasta las grandes necesidades que nuestra sociedad y nuestro mundo sufre y padece. No podemos desentendernos ni quedarnos al margen, sino que debemos salir al paso como el buen samaritano.

Vivamos este tiempo de la Cuaresma como un tiempo favorable para volver nuestras vidas al Señor.



ORACIÓN FINAL

Señor, tú que te complaces en habitar en los rectos y sencillos de corazón, concédenos vivir por tu gracia de tal manera que merezcamos tenerte siempre con nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo y es Dios por siglos de los siglos . Amén

LECTIO DIVINA COFRADE

ORACIÓN

Dios todopoderoso, por medio de las prácticas anuales del sacramento cuaresmal concédenos progresar en el conocimiento del misterio de Cristo, y conseguir sus frutos con una conducta digna.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

EVANGELIO: Lc 4, 1-13

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo:

«Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan».

Jesús le contestó:

«Está escrito: “No solo de pan vive el hombre”».

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo:

«Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo».

Respondiendo Jesús, le dijo:

«Está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”».

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo:

«Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden", y también: "Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra"».

Respondiendo Jesús, le dijo:

«Está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”».

Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

REFLEXIÓN

Hemos comenzado el tiempo de la Santa Cuaresma en el que se nos urge a volver a Dios

a renovar nuestra vocación bautismal y a participar así de lleno en el misterio pascual de Cristo. Habrá verdadera vuelta a Dios si la imagen que tenemos de Dios es verdadera.

La victoria de Jesús sobre las tentaciones de Satanás nos ayuda a desenmascarar las falsas imágenes de Dios y, al mismo tiempo, a que nuestra conversión sea sincera:

- En la primera tentación (convertir las piedras en pan) se nos ofrece la falsa imagen de un Dios puesto al servicio de las necesidades materiales del hombre: si Dios no soluciona el problema del hambre y las demás necesidades físicas de la humanidad, ¿qué tipo de Dios es? En esta tentación, Dios es considerado un medio y los problemas materiales del hombre un fin. Se le ha quitado la primacía para dársela al mundo material.

- En la segunda tentación (te daré los reinos de la tierra si me adoras) se nos ofrece la falsa imagen de un Dios que debe cambiar el mundo a base de fuerza, de dominio y de sometimiento.

- En la tercera tentación (tírate del pináculo del templo para que todos puedan ver cómo Dios te libra de la muerte), se nos ofrece la falsa imagen de un Dios-espectáculo que debe mostrar que existe y es providente con signos y prodigios, evidentes a todos.

En ocasiones, nuestra vivencia de la fe sufre estas mismas tentaciones:

- En cuanto a la primera: ¿No caemos también nosotros en pensar, a veces, que Dios no es tan necesario para el hombre; que el desarrollo técnico y económico es más urgente que el crecimiento espiritual? ¿No hemos pensado, alguna vez, que las realidades espirituales son menos reales que las materiales?

- Respecto a la segunda tentación: ¿No hemos deseado alguna vez que Dios acabara con el problema del mal en el mundo a fuerza de mostrar su poder y de entrar con violencia y muerte en la misma espiral de la violencia?

- Y, en cuanto a la tercera tentación: ¿no hemos querido, en ocasiones, que nuestra fe fuera confirmada con signos y milagros para tener certeza empírica de lo que creemos?

Si lo pensamos bien, estas tentaciones ponen a Dios a nuestro servicio, lo instrumentalizan para nuestros propios intereses; le quitamos su primacía y libertad para poner en primer lugar nuestras necesidades y deseos.

La Santa Cuaresma que hemos comenzado es tiempo propicio para dejar que Dios sea Dios, para devolverle a Él el puesto que le corresponde en nuestra vida: su primacía sobre todo lo demás.

Sólo cuando Dios es el centro de la vida del hombre, el hombre queda afirmado en su completa dignidad y comienza un tiempo nuevo donde es posible la renovación del mundo porque se vive desde Dios y desde su amor y no desde nosotros mismos y nuestros intereses.

Pidamos al Señor que confirme en nosotros la gracia de comenzar la Cuaresma en espíritu de conversión: con un deseo grande de devolverle a Él la primacía en nuestra vida.



ORACIÓN FINAL

Ven Espíritu Santo, Ven a nuestra vida, a nuestros corazones, a nuestras conciencias. Mueve nuestra inteligencia y nuestra voluntad para entender lo que el Padre quiere decirnos a través de su Hijo Jesús, el Cristo. Que tu Palabra llegue a toda nuestra vida y se haga vida en nosotros. Amén

LECTIO DIVINA COFRADÉ

ORACIÓN

Oh, Dios, que nos has mandado escuchar a tu Hijo amado, alimenta nuestro espíritu con tu palabra; para que, con mirada limpia, contemplemos gozosos la gloria de tu rostro. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

EVANGELIO: Lc 9, 28b-36

En aquel tiempo, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús:

«Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

No sabía lo que decía. Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

REFLEXIÓN

Jesús escoge un monte alto, símbolo de la cercanía con Dios; escoge la soledad y el aislamiento. Jesús aleja a los discípulos del ruido y de la agitación de la vida cotidiana. Lo que los discípulos deben comprender es algo que escapa por completo a lo ordinario. Sólo dejándose conducir a la soledad y a la proximidad con Dios, los tres discípulos llegan a encontrarse en el ambiente adecuado para dar un nuevo y decisivo paso hacia la comprensión del misterio de su persona. Jesús se transfigura ante ellos. La figura familiar y el aspecto habitual de Jesús son

transformados ante sus ojos y ellos caen en la cuenta de que su aspecto normal terreno-humano no expresa toda su realidad; toman conciencia de que Él no está encerrado en los límites de la realidad terrena. El pasivo teológico, “Él fue transfigurado, su aspecto fue transformado”, expresa que es Dios el que realiza tan transformación: “sus vestidos se volvieron resplandecientes, blanquísimos; ningún batanero del mundo podría blanquearlos así.” Por el poder divino, Jesús aparece ante sus tres discípulos en la figura que Él tendrá tras su resurrección, cuando, también en su humanidad, gozará plenamente de la vida y de la gloria de Dios. Así, ellos comprenden que tras el aspecto humano-terreno de Jesús se esconde su realidad divino-sobrehumana.

Junto a Jesús aparecen Moisés y Elías, las dos figuras dominantes en la historia del pueblo de Israel. Por medio de Moisés Dios ha dado la ley a su pueblo. Elías es, por su parte, particularmente importante porque su retorno preparará la venida del Señor. Los dos son también las únicas figuras del AT que están relacionadas con el monte Sinaí, que también recibe el nombre Horeb. Moisés representa la conclusión de la Alianza y la Ley. Elías, la lucha de los profetas por que el pueblo de Israel permanezca fiel a dicha Alianza. Todas estas evocaciones se hacen presentes ahora en el hecho de la Transfiguración del Señor. El hecho de que Jesús aparezca en medio de ellos y que ellos se dirijan a él, ofrece a los discípulos una prueba ulterior para poder reconocer el misterio de Jesús. Él pertenece a la esfera de lo divino. Pero él pertenece también a la historia del pueblo de Israel, guiada por Dios.

Debe llevar a cumplimiento la misión de Moisés y de Elías.

Lo acontecido hasta el momento es preparación para los dos acontecimientos siguientes. Una nube cubrió a los discípulos y una voz los habló desde la nube. Sobre el Sinaí la nube era signo de la presencia escondida y poderosa de Dios. Aquél que habla desde la nube al séptimo día a Moisés es Dios. Aquí Dios se dirige, sobre todo, a los tres discípulos, con una declaración y una orden: “Éste es mi Hijo predilecto, escuchadlo.” En la declaración les revela a Jesús como su Hijo amado y en la orden les invita a escucharlo siempre e incondicionalmente. Del mismo Dios, los tres discípulos aprenden quién es Jesús y cómo deben comportarse con Él.

La transfiguración representa el punto culminante de la revelación de Jesús. Con ello, la confesión de Pedro de los versículos anteriores es esencialmente completada: Jesús es el Mesías, en cuanto que es el Hijo predilecto del Padre. Éste es el misterio que encierra la persona de Jesús. Del contenido de la Palabra de Dios de este Domingo debemos extraer la siguiente conclusión: a la entrega, total, que hace Dios de sí mismo en la persona de su Hijo muy amado, debe corresponder una entrega radical y completa.



ORACIÓN FINAL

Señor, tú que te complaces en habitar en los rectos y sencillos de corazón, concédenos vivir por tu gracia de tal manera que merezcamos tenerte siempre con nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo y es Dios por siglos de los siglos . Amén

LECTIO DIVINA COFRADE

ORACIÓN

Oh, Dios, autor de toda misericordia y bondad, que aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados, mira con amor el reconocimiento de nuestra pequeñez y levanta con tu misericordia a los que nos sentimos abatidos por nuestra conciencia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



EVANGELIO: Lc 13, 1-9

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió:

«¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os

convertís, todos pereceréis de la misma manera».

Y les dijo esta parábola:

«Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador:

"Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?".

Pero el viñador respondió:

"Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar"».



REFLEXIÓN

En nuestro itinerario cuaresmal, la Palabra de Dios de este Domingo trae a nosotros una apremiante llamada a la conversión.

Lo hace, en primer lugar, en la respuesta de Jesús a aquellos que le trajeron la noticia de una desgracia sufrida por otros judíos. El Señor corrige la tendencia de considerar la necesidad de conversión en los demás e

interpretar los hechos que les ocurren como justo castigo por su impenitencia y proclama que todos estamos necesitados de cambiar nuestro modo de pensar y de actuar, nuestras prioridades y nuestro modo de juzgarlo todo: “Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.”

Y frente al abuso que pudiera darse de la misericordia de Dios, interpretando torcidamente su aparente inacción ante nuestros pecados, el Señor añade una parábola muy iluminadora: tomando un ejemplo típico de la agricultura propia del Mediterráneo, el Señor interpreta así la paciencia de Dios. El tiempo que el Señor nos da, pese a nuestra esterilidad en darle los frutos que Él nos pide, es tiempo en que Él está redoblando sus cuidados con nosotros (“cavaré alrededor..., le echaré abono...”) para, nutridos por ellos, demos los frutos esperados. Pero es un tiempo limitado, pues, de no ser fecundos, la higuera será cortada, imagen del juicio divino.

Interpretemos nuestro tiempo presente y, particularmente, este tiempo santo de Cuaresma como este plus de tiempo que se nos ha concedido y en el que el Señor nos está cuidando de un modo especial, multiplicando con nosotros sus gestos de amor, derrochando su gracia en nosotros, llamándonos a la vuelta a la casa del Padre, esperando de nosotros frutos de conversión y de amor.

Pero este tiempo puede pasar sin que, lamentablemente, nosotros nos hayamos decidido a dar frutos. S. Agustín decía: “Temo a Jesús que pase y que no vuelva a pasar”.

Aprovechemos el tiempo presente y sepamos reconocer y aprovechar los cuidados que el Señor está teniendo con nosotros para decidirnos a darle los frutos que Él espera de nosotros.



ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, llena mi corazón con la luz y la gracia del Espíritu Santo. Transfórmame con el resplandor de tu rostro, con la gracia de tu Misericordia. Ahuyenta mis miedos, dame tu paz, sé Tú el alimento que me dé fuerzas para recorrer el camino de la vida y ayudar a mis hermanos a recorrerlo contigo. Que todos seamos uno en Ti para llegar gozosos a la Casa del Padre. Amén.

LECTIO DIVINA COFRADE

ORACIÓN

Oh, Dios, que, por tu Verbo, realizas de modo admirable la reconciliación del genero humano, haz que el pueblo cristiano se apresure, con fe gozosa y entrega diligente, a celebrar las próximas fiestas pascuales. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo

EVANGELIO: Lc 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:

«Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:

"Padre, dame la parte que me toca de la fortuna".

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por

aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos.

Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Recapitando entonces, se dijo:

"Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo:

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo".

Pero el padre dijo a sus criados:

"Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo;

comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado".

Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud".

Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre:

"Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado".

Él le dijo:

"Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».



REFLEXIÓN

¡Domingo Laetare! La alegría de la Pascua se nos adelanta hoy en el perdón del hijo menor de la parábola que escuchamos en el evangelio. La parábola del hijo pródigo se encuentra en el cap. 15 del evangelio de san Lucas, junto a otras dos parábolas que la preceden: la de la oveja perdida y la de la dracma perdida. Ante las críticas de los fariseos a Jesús porque comía con publicanos y pecadores, el Señor

pronuncia "esta parábola". El evangelista utiliza el singular para referirse curiosamente a las tres que, a continuación, narra. Verdaderamente, las tres forman una sola parábola: las tres narran una historia de perdición y de misericordia; en las tres se resalta la alegría desmedida de quien encuentra lo perdido; las dos primeras anticipan la tercera: la oveja que se pierde alejándose del rebaño anticipa la perdición del hijo menor que se pierde saliendo del hogar paterno; la dracma que se pierde dentro de casa anticipa la situación del hijo mayor que, aun viviendo en la casa paterna, en realidad, estaba lejos de su padre.

Pidiendo el hijo mejor la herencia antes de que su padre muriera, le está ya dando muerte en su corazón y queriendo irse de la casa paterna le está diciendo que la vida está lejos. A veces, también nosotros pensamos que estar con Dios resta plenitud a nuestra vida, que es aburrido y mortal estar junto a Él, que, para vivir de veras, para encontrar libertad, alegría y diversión hay que emanciparse de Él, alejándose de Él y olvidándolo.

El hijo se aleja lo máximo posible del padre. Y allí, en tierra extranjera y pagana, malgastó los bienes del padre, buscando saciar su sed de vida, de libertad y de felicidad. Cuando parecía que iba a conseguir lo que buscaba, al igual que Adán y Eva en el paraíso, se encuentra con su propia necesidad. El pecado, prometiéndonos escalar el cielo, termina dejándonos hundidos en nuestra propia miseria y barro, tristes y solos.

La degradación moral y humana al que llegó el hijo menor se echa a ver en el hecho de que

se ve obligado a cuidar cerdos, el animal impuro por antonomasia para el pueblo de Israel. El pecado no sólo es una ofensa a Dios, sino que hace mal al que lo comete.

Cuando, “entrando en sí mismo”, se da cuenta de que la vida verdadera está junto al padre, decide volver a él. Y, cuando regresa, se encuentra con alguien diferente al que se esperaba: esperaba encontrar un amo (“trátame como a uno de tus jornaleros”), en cambio, se encuentra con un padre que lo rodea de gestos de afecto, que demuestran que sigue creyendo en él, incluso después de haberle fallado:

- “Traed el primer vestido”: el vestido de hijo que dejó al alejarse.
- “Ponedle un anillo en la mano”: le vuelve a dar potestad sobre toda la hacienda, como hijo que es.
- “Y sandalias en los pies”, le calza como a un hijo, pues los esclavos iban descalzos.

Este es el gran protagonista de la parábola, el padre bueno que acoge al hijo menor y, después, también al hijo mayor cuando, enojado, lleno de envidia, no quiere entrar para participar de la alegría de su hermano.

A menudo nos identificamos con el hijo menor y buscamos el perdón del Padre. A veces, hemos sido también el hijo mayor que no nos hemos preocupado de los que se han alejado de Dios e incluso hemos podido sentir celos de los que después han vuelto a Él o creído con privilegios respecto a ellos. Busquemos identificarnos también con el padre de la parábola cuyo amor es fuerte y fiel para perdonar siempre, tierno y materno para ser fuente de vida para los demás.



ORACIÓN FINAL

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía, Señor, tu Espíritu, que renueve la faz de la Tierra. Oh Dios, que llenaste los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo; concédenos que, guiados por el mismo Espíritu, sintamos con rectitud y gocemos siempre de tu consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

LECTIO DIVINA COFRADÉ

ORACIÓN

Te pedimos, Señor Dios nuestro, que, con tu ayuda, avancemos animosamente hacia aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios



EVANGELIO: Jn 8, 1-11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos.

Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron:

«Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?».

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como

insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo:

«El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra».

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos.

Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó:

«Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?».

Ella contestó:

«Ninguno, Señor».

Jesús dijo:

«Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».



REFLEXIÓN

Llegamos al V Domingo de Cuaresma que abre la llamada “semana de Pasión” que nos prepara ya de un modo inmediato a vivir la Semana más grande del año, la Semana Santa. Si las semanas pasadas, la Palabra de Dios nos

invitaba a hacer examen de conciencia y a convertirnos, hoy nos quiere hacer ya mirar a la renovación de vida que el Señor nos va a lograr en su misterio pascual: escuchamos hoy en el profeta Isaías: “No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo, ¿no lo notáis?”

Sí ya lo notamos: en la mujer perdonada del evangelio podemos ver cumplidas las palabras siguientes del profeta: “Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo”. El perdón de Jesús abrió un nuevo camino y una fuente de vida en el desierto de la vida de aquella mujer. Es lo mismo que S. Pablo había experimentado también en su vida y lo que buscaba construir cada día: “Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta.” Y es lo que nosotros estamos llamados también a vivir: nosotros, tan dados a vivir del pasado, a recordar y a no olvidar, no sólo en nuestra vida sino también en la vida de los demás, somos invitados a mirar hacia delante, a abrirnos al perdón y a perdonar.

¿En qué consiste perdonar? Aquella mujer era culpable. Los escribas y fariseos quieren castigarla, como piensan que ella merece.

Existe un modo de proceder muy humano: responder al mal con mal. Pero ya, desde el Antiguo Testamento, se fue abriendo paso otro modo de proceder, el proceder divino:

- En el libro de Jonás, éste se enoja con Dios porque no ha destruido a Nínive y ha obrado de modo diferente a como él esperaba: Ya sabía yo que eras misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad.

- En el profeta Oseas escuchamos: “Yo soy Dios y no hombre, Santo en medio de ti, y no vendré con furor.”

Es lo que hizo Jesús perdonando a aquella mujer. Perdonar es obrar de modo diferente a como el otro podría esperar o merecer. Es muy fácil dar rienda suelta al dolor y a la revancha cuando somos heridos. Pero esta reacción sólo causa más heridas. Es más difícil, en cambio, responder de modo diferente: con amor. Pero sólo así hay renovación y vida.


El mundo sólo puede ser renovado desde la diferencia. Y esa diferencia la marca el amor que se hace misericordia ante las ofensas.

No tengamos miedo a ser diferentes, ayudemos a Cristo a renovar el mundo desde la diferencia, desde la misericordia. Hagamos vida la invitación de S. Pablo: “No te dejes vencer por el mal, más bien, vence el mal a fuerza de bien” (Rm 12,21). Enseñemos, con nuestra vida, que hay un modo diferente de vivir porque hay un modo diferente de amar.



ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, te damos gracias por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho conocer. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica y hacer vida tu Palabra. Amén.



LECTIO DIVINA COFRADÉ



PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO : Lc 22, 14 - 23, 56

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!». Ellos empezaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso.

Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos». Él le dijo: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte». Pero él le dijo:

«Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme». Y les dijo: «Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?». Dijeron: «Nada». «Pero ahora, el que tenga bolsa, que la lleve consigo, y lo mismo la alforja; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: “Fue contado entre los pecadores”, pues lo que se refiere a mí toca a su fin». Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas». Él les dijo: «Basta». Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación». Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación». Todavía estaba hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron: «Señor, ¿herimos con la espada?». Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino diciendo: «Dejadlo, basta». Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que

habían venido contra él: «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas». Después de prenderlo, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro estaba sentado entre ellos. Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se lo quedó mirando y dijo: «También este estaba con él». Pero él lo negó diciendo: «No lo conozco, mujer». Poco después, lo vio otro y le dijo: «Tú también eres uno de ellos». Pero Pedro replicó: «Hombre, no lo soy». Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo: «Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo». Pedro dijo: «Hombre, no sé de qué me hablas». Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente. Y los hombres que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes. Y, tapándole la cara, le preguntaban diciendo: «Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?». E, insultándolo, proferían contra él otras muchas cosas. Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas; lo condujeron ante su Sanedrín, y le dijeron: «Si tú eres el Mesías, dínoslo». Él les dijo: «Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Pero, desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios». Dijeron todos:

«Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?». Él les dijo: «Vosotros lo decís, yo lo soy». Ellos dijeron: «¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

Y levantándose toda la asamblea, lo llevaron a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo diciendo: «Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey». Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Él le responde: «Tú lo dices». Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: «No encuentro ninguna culpa en este hombre». Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo: «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí». Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí. Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: «Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en

este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré». [«Por la fiesta tenía que soltarles a uno»] Ellos vociferaron en masa: «¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás». Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio. Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Por tercera vez les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré». Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”».

Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubridnos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?». Conducían también a otros dos malhechores

para ajusticiarlos con él. Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: «Realmente, este hombre era justo». Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto.

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

LECTIO DIVINA COFRADE

ORACIÓN

Concédenos, Dios todopoderoso, que tu Iglesia conserve siempre y lleve a su plenitud los primeros misterios de la salvación humana que confiaste a la fiel custodia de san José.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

EVANGELIO: Lc 3, 1-6

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua.

Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.

Éstos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban

asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre:

«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados».

Él les contestó:

«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?».

Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos.

REFLEXIÓN

De san José se ha escrito mucho, y muy bueno. Cuando él trabajó y obedeció a Dios tanto y habló tan poco. De san José podríamos decir que fue el que más cerca después de Jesús estuvo de María. Solo podría ir de cerca san Juan tras la encomienda en la Cruz. Pero ahora vamos a ensalzar la figura del Patriarca de la Iglesia, que como lo hizo Abraham y Moisés, se fío de Dios hasta el punto de tener entre sus manos, no ya la confianza y la obediencia simplemente del sacrificio de ser Casto

Esposo de la Virgen Madre, sino además de ser el Educador y Protector de quien es la Sabiduría Encarnada y el Todopoderoso Señor que va a dejarse envolver en pañales y mecer en la cuna por este artesano que identificamos en el oficio de ser honrado y justo carpintero.

San José es para todos los cofrades un modelo de ser cercano a Dios pero a la vez discreto con las cosas de Dios. A menudo, ser cofrade nos hace estar muy cerca de las cosas de Dios y eso nos ha de hacer levantar el corazón, sin que por ello se nos llene de otras cosas que nos despisten de una solemnidad o de una fiesta. San José nos muestra como desde la sencillez, la discreción y el servicio a Dios y a su plan todo sale bien. Siempre desde la confianza en Él, desde la mirada también a la Virgen.

Hermano Cofrade. Pidámosle a San José que cuide de nosotros, que nos enseñe a ser como él. Hoy también podemos aprovechar para pedir por nuestros padres. Por los que viven ahora en el mundo con nosotros, como los que ya partieron a la casa del Padre Dios y nos legaron un ejemplo de honradez, de sencillez, de piedad de fe y tradición.

Este día miremos como san José porta al Niño Jesús en los brazos y acojámosle también nosotros como servidores de quien se ha hecho pequeño por amor a toda la humanidad. Que como hizo el santo Patriarca de la Iglesia seamos cercanos del Señor para que también Dios tenga la confianza para contar con nosotros en sus planes. Demos gracias a Dios por todo.



ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, te damos gracias por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho conocer. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica y hacer vida tu Palabra. Amén.